

**JORDI
GALCERAN**

El método Grönholm



teatro**autor**

El método Grönholm

JORDI GÁLGERAN

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de éstos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

JORDI GALCERAN

El método Grönholm

Primera edición, 2006

Cuarta reimpresión, 2014

© De la obra: Jordi Galceran

© De la traducción al castellano: Jordi Galceran

© Para esta edición: Fundación SGAE

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Hijes.
Maquetación: Equipo Nagual, S.L. Corrección: Néstor Romero.
Logotipo de la colección: Francisco Nieva. Imprime: Navagraf, S.A.

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org
www.fundacionsgae.org

El método Grönholm

La versión catalana se estrenó el 29 de abril del 2003 en el Teatre Nacional de Catalunya, en Barcelona

REPARTO

FERRAN Jordi Boixaderas
MERCÈ Roser Batalla
ENRIC Lluís Soler
CARLES Jordi Díaz

DIRECCIÓN

Sergi Belbel

La versión castellana se estrenó el 13 de agosto de 2004 en el Palacio Teatro Valdés, en Avilés (Asturias)

REPARTO

FERNANDO Carlos Hipólito
MERCEDES Cristina Marcos
ENRIQUE Jorge Roelas
CARLOS Jorge Bosch

DIRECCIÓN

Tamzin Townsend

Sala de reuniones de una empresa. Mobiliario de calidad. Parquet. Paredes forradas de madera. Encima de la mesa, botellas de agua y cuatro vasos. Un tapiz mironiano en la pared.

Al fondo, una puerta doble. En un lateral, una puerta más pequeña. Un gran ventanal deja entrar la última luz del atardecer. A través del ventanal, el cielo. Intuimos que la sala se encuentra en un piso alto.

En una de las sillas está sentado Fernando Porta, un hombre de unos treinta y ocho años. Atractivo. Traje elegante y moderno. Delante de él, encima de la mesa, un maletín de ejecutivo.

Después de unos segundos, Fernando mira a su reloj, saca de su maletín un periódico de información económica y comienza a hojearlo.

Suena un móvil. Fernando se lo saca del bolsillo y lo conecta.

FERNANDO.— *(Al móvil)* ¿Sí...? Hola, chaval... Ya estoy aquí. Sí, esperando...

Por la puerta doble, entra Enrique Font. Fernando parece no verlo.

Hostia, ¿esta noche a cenar...? ¿Y por qué quedas sin decírmelo? No, no iré. No lo sé, tú mismo... Paso de lamer el culo a estos catalanes por cuatro duros. Oye, estoy a un paso de conseguir un puesto de cojones, o sea que, por mí, les puedes decir que se

vayan a tomar por saco... Estoy harto de bajarme los pantalones delante de esos gilipollas... Nunca más. Te lo juro.

Fernando ve a Enrique.

FERNANDO.— *(Al móvil)* Tengo que dejarte.

Fernando guarda el móvil. Enrique es un hombre rellenito, que supera la cuarentena. También lleva traje, pero no tan moderno como el de Fernando. Maletín de ejecutivo en mano, un maletín más usado que el de Fernando.

ENRIQUE.— Buenas tardes.

FERNANDO.— Buenas tardes.

ENRIQUE.— Me han dicho que la entrevista es aquí...

FERNANDO.— Sí, a mí también.

ENRIQUE.— ¿Usted es de la empresa...?

FERNANDO.— No, no. Soy un candidato al...

ENRIQUE.— Ah, yo también.

FERNANDO.— Encantado.

ENRIQUE.— Igualmente.

Se dan la mano. Enrique deja su maletín encima de la mesa. Hay unos segundos de silencio.

¿Te han dicho algo?

FERNANDO.— No. Nada.

ENRIQUE.— Curioso, todo esto, ¿no?

FERNANDO.— Sí.

ENRIQUE.— Técnicas no convencionales.

FERNANDO.— Eso parece.

ENRIQUE.— Cuando me lo propusieron... No sé. No es... habitual.
¿Cuántos somos, nosotros dos?

FERNANDO.— No sé. Hay cuatro vasos.

ENRIQUE.— Quizá son para los que nos tienen que entrevistar.

FERNANDO.— Quizá.

ENRIQUE.— Esto de la entrevista conjunta es un poco... Como poco,
original. Y más para un puesto de este nivel. Normalmente, es
todo más confidencial.

FERNANDO.— A mí, esto...

ENRIQUE.— No, a mí también, pero vaya... Tú y yo no nos conoce-
mos. Pero sería posible que nos encontráramos con alguien cono-
cido.

FERNANDO.— ¿Y qué?

ENRIQUE.— Hombre, sería un poco embarazoso.

Enrique se sienta. Unos instantes de silencio.

¿Has venido en coche?

FERNANDO.— Sí.

ENRIQUE.— Yo también. Vaya tráfico, ¿no?

FERNANDO.— Como cada día.

ENRIQUE.— Yo ya he pasado tres entrevistas. No sé qué más quieren saber de mí. Y tú, ¿cuántas?

FERNANDO.— Tres.

ENRIQUE.— Como yo.

Enrique saca una cajita de caramelos.

¿Un mentolín?

FERNANDO.— No, gracias.

ENRIQUE.— Yo no tenía muchas esperanzas de llegar hasta aquí. Vengo de una empresa pequeña, y esto es... Bueno, en todo esto de los muebles y el bricolaje, es la segunda del mundo.

FERNANDO.— Una empresa es una empresa.

ENRIQUE.— Sí, pero yo nunca he trabajado en una multinacional. ¿Y tú?

FERNANDO.— Yo he trabajado en muchos sitios.

ENRIQUE.— Y las condiciones son increíbles. El sueldo es... Bueno, no sé qué debes ganar tú, pero yo casi doblaría... Me preocupaba llegar tarde. Estaba ya en la Castellana, parado, y pensaba, “Llegarás tarde y quedarás fatal”. Estas cosas son importantes. A veces, son los pequeños detalles los que inducen a tomar una decisión. Yo he contratado gente y, al final, lo que me lleva a decidir son los pequeños detalles. La manera de vestir, la forma cómo me han dado la mano... Y el coche. Siempre que puedo los acompaño hasta su coche. Un coche dice mucho de su propieta-

rio... Un coche, habla. A veces te encuentras con un tipo que parece muy aseado y tiene el coche hecho una mierda.

FERNANDO.— Tranquilo. No has llegado tarde.

Por la puerta doble entran Mercedes Degás y Carlos Bueno. Treinta y pocos. Mercedes lleva un elegante traje de chaqueta. Carlos, más informal, pantalones y americana de sport, sin corbata. Pendiente en una oreja.

CARLOS.— (A Mercedes) Pasa, pasa.

MERCEDES.— No, pasa tú.

CARLOS.— Por favor.

MERCEDES.— (Sonriendo) ¿Por qué? ¿Por que soy una mujer?

CARLOS.— Sí, porque eres una mujer.

MERCEDES.— De acuerdo, paso. Pero no porque sea una mujer. (A los otros) Buenas tardes.

FERNANDO Y ENRIQUE.— Buenas tardes.

CARLOS.— Buenas tardes. (Presentándose) Carlos Bueno.

Carlos ofrece su mano a Fernando.

FERNANDO.— Fernando Porta.

Todos van estrechando sus manos a la vez que se presentan.

MERCEDES.— Mercedes Degás.

ENRIQUE.— Enrique Font.

Todos se dan la mano.

CARLOS.— ¿Son ustedes quienes nos van a entrevistar?

ENRIQUE.— No, no, somos... entrevistados, también.

CARLOS.— ¿Los dos? Nosotros también.

MERCEDES.— ¿Y quién nos entrevista?

ENRIQUE.— No lo sabemos todavía.

Mercedes y Carlos dejan sus cosas.

MERCEDES.— Tres hombres y una mujer. Como siempre.

CARLOS.— El veinticinco por ciento. Políticamente correcto.

MERCEDES.— Siempre tan gracioso, tú. Lo siento, pero ahora lo políticamente correcto es el cincuenta por ciento.

ENRIQUE.— ¿Os conocéis?

CARLOS.— Estudiamos juntos.

MERCEDES.— Bueno, yo estudié un poco más que él.

CARLOS.— “La Matrículas” la llamábamos. Lo tenemos crudo con ésta.

ENRIQUE.— ¿Lo ves? Ya te lo había dicho. Era lógico que alguien se conociese.

CARLOS.— ¿Y qué tenemos que hacer ahora?

FERNANDO.— Esperar, supongo.

MERCEDES.— ¿Nos harán la entrevista a los cuatro juntos?

CARLOS.— Eso me dijeron a mí. Una entrevista conjunta con todos los candidatos.

Pausa.

ENRIQUE.— ¿Habéis venido en coche?

CARLOS.— Yo, sí.

ENRIQUE.— Vaya tráfico, ¿no?

CARLOS.— Horrible.

ENRIQUE.— Suerte que tienen parking, porque si no...

CARLOS.— Sí, aquí, para aparcar, es imposible.

ENRIQUE.— ¿También habéis hecho tres entrevistas, vosotros?

CARLOS.— Yo, sí.

MERCEDES.— Yo, también.

ENRIQUE.— Y ésta es la cuarta. He pasado otras veces por esto, y nunca me habían hecho cuatro entrevistas. No sé qué más quieren saber de mí...

En una de las paredes laterales se abre una puertecita. Se abate de arriba hacia abajo, deteniéndose a cuarenta y cinco grados. Es como un buzón que, hasta ahora, había quedado disimulado en la pared. Mercedes es la que se encuentra más cerca de él.

MERCEDES.— ¡Eh! Se ha abierto esto.

Un momento de silencio.

CARLOS.— Pues mira a ver qué hay.

Mercedes lo mira. El buzón se cierra.

MERCEDES.— Un sobre y un cronómetro.

FERNANDO.— ¿Un cronómetro?

MERCEDES.— Digital.

CARLOS.— ¿Pone algo en el sobre?

MERCEDES.— No. ¿Lo abro?

FERNANDO.— ¿Y a mí qué me cuentas? No lo sé.

Mercedes abre el sobre.

MERCEDES.— (*Leyendo*) “Buenos días y bienvenidos. Como ya les avanzamos, ésta es la fase final del proceso de selección para acceder al cargo de director comercial de Dekia. Ustedes son nuestros últimos aspirantes. Sabemos que ésta no es una prueba habitual. Seguimos el protocolo establecido por nuestra central en Suecia. Si en cualquier momento consideran que alguna de las propuestas que les haremos no es aceptable para ustedes, pueden abandonar el proceso. La puerta está abierta. Sin embargo, si salen de esta sala, sea por el motivo que sea, entenderemos que renuncian a continuar aspirando al cargo. La primera prueba es la siguiente. Les hemos dicho que son los últimos aspirantes, pero no son los últimos cuatro aspirantes. Sólo hay tres auténticos aspirantes. Uno de ustedes es un miembro de nuestro departamento de selección de personal. Con el sobre han encontrado un cronómetro. Tienen diez minutos para averiguar quién entre ustedes no es un auténtico candidato. Por favor, pongan en funcionamiento el cronómetro. Es el botón de la derecha.” Y ya está.

CARLOS.— Cojones.

ENRIQUE.— A ver, un momento... O sea, uno de nosotros no es...

CARLOS.— Está bien claro.

MERCEDES.— Y tenemos que averiguar quién es.

FERNANDO.— Pensaba que esto sería una entrevista.

MERCEDES.— Yo tengo que hacer alguna cosa con el reloj.

ENRIQUE.— Aquí hay un candidato que no es candidato. Y tenemos que descubrir quién es.

CARLOS.— Eso ya lo hemos entendido.

ENRIQUE.— Qué buena.

FERNANDO.— ¿Buena?

ENRIQUE.— La prueba. Descubrir quién miente. Es buena, porque, claro, cuando hemos entrado, todos pensábamos que éramos iguales, que éramos candidatos, y ahora resulta que no.

MERCEDES.— ¿Qué, lo pongo en marcha?

Mercedes pulsa el botón del cronómetro.

Diez minutos.

ENRIQUE.— A ver, situémonos. Uno de nosotros no es... real.

Pausa. Los cuatro se miran.

MERCEDES.— O sea, que el entrevistador es uno de vosotros.

FERNANDO.— Tal vez eres tú.

MERCEDES.— ¿Yo? No, yo no lo soy.

FERNANDO.— Hay alguien que está fingiendo. Puede ser cualquiera.

ENRIQUE.— Tenemos diez minutos. No es mucho tiempo. Creo que es más rápido descartarnos que no intentar descubrir directamente quien es el impostor.

FERNANDO.— (*Irónico*) El impostor.

ENRIQUE.— Hay algo que, en principio, está claro. Vosotros dos os conocéis.

Mercedes y Carlos se miran.

CARLOS.— Pero hace tiempo que no nos veíamos.

ENRIQUE.— Pero si uno de vosotros es el falso candidato, lo podréis averiguar más fácilmente. Sabéis cosas el uno del otro. Sólo tenemos diez minutos. Os interesa descartar rápido, así tenéis una persona menos de quien preocuparos. ¿Qué decís?

MERCEDES.— Un momento. Déjame pensar.

CARLOS.— Las cosas que yo sé de Mercedes son de hace tiempo, tampoco es...

MERCEDES.— Espera, Carlos. Antes de hablar, piensa.

CARLOS.— ¿Qué quieres que piense?

MERCEDES.— Sólo somos cuatro.

CARLOS.— Sí, ¿y qué?

MERCEDES.— Nada. Piensa en lo que nos han pedido. Se trata de ver quién es capaz de descubrirlo y quién no es capaz.